

vas actuales de la sacramentaria. El trabajo presenta la ventaja de reunir la parte general y especial de los sacramentos en un solo volumen. Al revés de lo que pasa con las monografías especializadas en cada sacramento, son pocos los libros editados en España en la última década, que compendien ambas áreas.

La estructura es clara: tras unas páginas introductorias acerca de la economía sacramental, el libro pasa revista a cada uno de los siete signos sagrados de la Iglesia. Los sacramentos de la Eucaristía y de la Penitencia ocupan dos capítulos cada uno. Cada capítulo viene precedido y concluido con sendos epígrafes: el primero está constituido por unas páginas que introducen pedagógicamente al lector en el tema y el último supone una glosa espiritual que se desprende de los contenidos dogmáticos que le preceden. Una bibliografía sucinta y práctica sirve de broche conclusivo a cada capítulo.

Los contenidos son sensibles a la renovación teológica abierta por el Concilio Vaticano II. No se omiten las necesarias referencias al momento ritual y a la dimensión celebrativa inherente a todo sacramento. Siendo fieles al subtítulo y sin que se trate en otro volumen de esta colección, hubiera sido interesante alguna referencia al año litúrgico y a la liturgia de las horas, como realidades vivas en la Iglesia.

Félix María Arocena

Joseph RATZINGER, *Convocados en el camino de la fe. La Iglesia como comunión*, Ediciones Cristiandad, Madrid 2004, 390 pp., 13 x 21, ISBN 84-7057-485-X.

El presente libro fue publicado en alemán por los discípulos de Ratzinger en 2002, con motivo de su 75 cumple-

años; en él se recogen quince artículos y conferencias de esos últimos años (y algunos textos más que ha introducido la edición española). Comienza esta selección con sendos discursos en respuesta a la concesión de los doctorados *honoris causa* en la universidades de Wrocław/Breslau (actual Polonia) y Navarra (España). En el primero recuerda las relaciones entre fe y teología, y concluye que ambas deben contener un asentimiento a la Palabra antes recibida, a la vez que una reflexión «en continua peregrinación», sin suprimirla. Además, la Biblia será una de las fuentes inequívocas de la teología, pero también la Iglesia será el hábitat natural en que se entenderá mejor esta Palabra, desarrollándose así la imprescindible teología. «La tarea del magisterio no es oponerse a la reflexión, sino ofrecer la autoridad de la respuesta que se nos ofrece, y así hacer sitio para la misma y penetrante verdad. Mantenerse en esta misión es emocionante y arriesgado. Requiere la humildad de la sumisión, de la escucha y de la obediencia» (p. 36).

Se recupera después un trabajo de 1974 (convenientemente reelaborado) sobre la pneumatología en San Agustín. «La definición del Espíritu Santo como *communio*, que San Agustín concluye de la expresión “Espíritu Santo”, tiene para él (...) un esencial sentido *eclesiológico*: abre la pneumatología a la *eclesiológica* (...): ser cristiano significa ser *communio* y, con ello, entrar en la forma esencial del Espíritu Santo» (p. 43). Tal vez este sea el punto de partida. Añadirá más adelante, ya en 1984: «el término *communio* encuentra en este lugar (Gal 1,13-2,14) el contenido pleno de su significado cristiano, que comprende asimismo las dimensiones sacramental y espiritual, la institucional y la personal» (p. 70). Y esta comunión eclesial tiene mucho que ver —como es lógi-

co— con la comunión eucarística: «es siempre “comunidad de mesa”, en el sentido más riguroso del término» (p. 72). La eclesiología eucarística fundamenta la eclesiología de comunión. «Recibir al Señor en la eucaristía significa entrar en la comunión de ser con Cristo, en la apertura del ser humano hacia Dios, que es al mismo tiempo la condición de la íntima apertura de los hombres entre sí. El camino hacia la comunión de los hombres entre sí pasa por la comunión con Dios», por la comunión del mismo Dios, podríamos añadir (p. 83).

Continúa este itinerario en torno a la *communio* hablándonos de la eclesiología de la *Lumen gentium*, que significativamente —comenta Ratzinger— viene precedida de la Constitución dogmática sobre la liturgia. La Iglesia está constituida para la adoración, y esta le dará ese espíritu de comunión. Hablará después por extenso de las relaciones entre episcopado y primado, Iglesia universal e Iglesias particulares, así como de la necesidad de la santidad y de María para la Iglesia. De igual modo abordará en un artículo de 1998 la cuestión del lugar eclesiológico de los movimientos eclesiales, en el que hace una leve advertencia: «se ha de decir que la Iglesia necesita tales instituciones particulares, pero si estas se hacen muy fuertes y numerosas, entonces peligra la estructura y vitalidad de su naturaleza espiritual» (p. 186). Sin embargo, la valoración de estos es decididamente positiva, al concebir estos movimientos como verdaderos movimientos del Espíritu dentro de la Iglesia, por lo que han de insertarse —de modo adecuado según su propio carisma— en la estructura jurisdiccional de la Iglesia.

Se referirá también al ecumenismo y, por tanto, a la *communio* presente de

un modo incompleto en otras Iglesias y confesiones cristianas. En un artículo de 1995 sobre la situación del ecumenismo, se refiere a la necesidad de la unidad en la fe más que en la actuación, es decir, la prioridad del logos sobre la praxis. Rechaza por tanto el «nuevo paradigma ecuménico» que tan solo pretende una unidad pactada en torno a la búsqueda de la paz, la justicia y la conservación de la creación. Según Ratzinger, estos nobles fines no se alcanzarán sin una búsqueda conjunta de la verdad. Completa este interesante panorama ecuménico con la correspondencia del prefecto con el metropolitano ortodoxo Damaskinos y con el obispo luterano Hanselmann.

Figura además un artículo en el que se mencionan las relaciones de la Iglesia con los hebreos. «La fe atestiguada en la Biblia de los judíos, el antiguo testamento de los cristianos, no es para nosotros una religión distinta, sino el fundamento de nuestra fe. (...) Es cierto que también el islam se considera hijo de Abrahán y ha heredado el mismo Dios de Israel y de los cristianos, pero avanza por un camino distinto que precisa de otros criterios para el diálogo» (p. 282). Finalmente, ofrece un artículo sobre la situación de la Iglesia ante el tercer milenio, y sobre las tareas que a esta le corresponden. En primer lugar apela a la razón «La religión cristiana es *religión del Logos*. “En el principio era la Palabra”, traducimos la primera frase del evangelio de Juan que, por otra parte, remite intencionadamente a la primera frase de toda la Biblia, al relato de la creación por la Palabra. Pero “palabra” (*logos*), en sentido bíblico, significa también razón, su poder creador» (p. 298). Fe y razón por un lado, además de una concepción de la Iglesia como «comunidad en camino», así como la absoluta necesidad de la liturgia, la pe-

nitencia y la oración: son estas las claves para la evangelización del tercer milenio. Aparecen también en esta selección las presentaciones de algunos documentos emanados por la Santa Sede. Terminan estas páginas con una amplia bibliografía del autor. En definitiva, un buen recorrido por los intentos explicativos del prefecto y teólogo sobre lo que suponen la Iglesia y la teología en estos tiempos, con un marcado y decidido acento en la comunión eclesial.

Pablo Blanco

Ceferino SANTOS, S.J., *El Espíritu Santo desde sus símbolos. Retiro con el Espíritu*, Desclée de Brouwer, Bilbao 2004, 196 pp., 13 x 21, ISBN 84-330-1856-6.

El P. Ceferino Santos, director durante muchos años de la revista de la Renovación Carismática Española, Nuevo Pentecostés, recoge aquí sus reflexiones personales sobre la Persona del Espíritu Santo. Estas reflexiones tienen el ambiente de intimidad propio de pláticas predicadas durante retiros espirituales.

Como se dice en el título, el A. ordena sus reflexiones al hilo de los principales símbolos del Espíritu Santo, formando con cada símbolo como un pequeño capítulo que concluye con una oración dirigida al Espíritu Santo. He aquí los símbolos utilizados: *El aleteo del Espíritu* (pp. 15-32); *La nube del Espíritu* (pp. 33-44); *Ríos de agua viva* (pp. 45-57); *La brisa santa de Dios* (pp. 59-74); *El sello del Espíritu* (pp. 75-84); *La unción del Espíritu* (pp. 87-102); *Las arras y el anillo del Espíritu* (pp. 103-114); *Paráclito* (pp. 115-130); *Perfume de Dios: el Espíritu* (pp. 131-140); *El Espíritu Santo, dedo de Dios* (pp. 141-

150); *Memoria de vivos* (pp. 151-166); *El vino nuevo del Espíritu* (pp. 167-178); *El Espíritu, llama de amor viva* (pp. 179-192).

El A. procura citar con abundancia a los Santos Padres, otros santos y autores místicos. Se encuentran en sus páginas temas hermosos, quizás tratados con excesiva rapidez, pero siempre resultan atractivos. Así sucede con el tema de la *sobria ebrietas* (pp. 167-169), tan querido para Gregorio de Nisa, y que el A. solventa sin más con una cita de R. Cantalamessa. Más se detiene en el tema de la *llama de amor viva*, tan típico de San Juan de la Cruz (pp. 181-183), aunque bien hubiera merecido una explicación más detallada de lo que comporta el fuego purificador del Espíritu.

En cualquier caso, con estas páginas, el A. intenta suscitar un mayor conocimiento del Espíritu Santo y una mayor docilidad a su obra santificadora. En efecto, está convencido de que «Hoy la Iglesia necesita más iconos vivos del Espíritu Santo, más hombres y mujeres con la llama del Espíritu en sus corazones y en sus frentes, más cristianos sin miedo a que en ellos arda el fuego del Paráclito. San Josemaría Escrivá de Balaguer no tuvo temor a la llama del Espíritu; por eso lo reclamó para sí “Me desprendí —nos dice— de las estampas del Breviario y puse en su lugar unos trozos de cuartillas. Y al ver aquellos papeles en blanco, comencé a escribir: *Ure igne Sancti Spiritus! (Inflama con el fuego del Espíritu Santo)*... Los he usado durante muchos años, y cada vez que los leía, era como decirle al Espíritu Santo: ¡Enciéndeme! ¡Hazme una brasa!” (Salvador Bernal, Josemaría Escrivá de Balaguer, Rialp, 1980, 337). Los Santos saben dónde está el secreto de la fuerza de Dios y reclaman la llama del Espíritu» (p. 188). Estas palabras fi-